
Introducción

A más de medio siglo de distancia, el inicio del destierro español ocasionado por el fin de la guerra civil se presenta ante nuestros ojos bajo una luz que no es, no puede ser ya, la misma que intentó negarlo, primero, y marginarlo, después, durante el tiempo que duró la dictadura franquista. La conmemoración, en 1999, de ese hecho histórico, patente en numerosos congresos, estudios, exposiciones, conferencias y actos públicos celebrados en uno y otro lado del mar, da cuenta no sólo de un interés, sino además de una necesidad compartida: la de explicarse y asumir con todas sus consecuencias qué trajo consigo este capítulo de la historia contemporánea, desde las condiciones específicas de quienes, 60 años después, interrogamos los distintos testimonios de ese pasado común con la mutua convicción de que, sin él, nuestro presente inmediato resultaría incompleto, empobrecido.

Gracias sobre todo a la tarea de sus protagonistas directos y a los esfuerzos de dos generaciones de investigadores y estudiosos de América y Europa, hoy se hace posible un intento de valoración más global y a la vez más detallada de cuanto supuso la llegada de las diferentes comunidades expulsadas de sus respectivos países y, sobre todo, de su permanencia en tierras americanas a partir de los años cuarenta. Ello no significa, en modo alguno, que puedan darse por agotados el trabajo de recuperación material y el estudio de las numerosas implicaciones del exilio peninsular de 1939, sino sólo que los motivos y, sobre todo, los enfoques empleados en las pesquisas actuales pueden, y de hecho deben superar el puro espíritu reivindicativo o el tópico del “mutuo enriquecimiento”, si lo que se desea en realidad es comprender su complejidad y otorgarle a este empeño un sentido propio y necesario en el contexto político, social y cultural de nuestros días.

Una de las tareas pendientes que poco a poco se ha ido atendiendo es la del estudio de la heterogeneidad del exilio de 1939: esto es, la de su diversidad social, sexual, lingüística y cultural, a menudo preterida o limitada por los esquemas inevitablemente reductores de las visiones panorámicas. Así, hablar hoy de este acontecimiento histórico supone dejar de verlo como “un solo” exilio “español”, y como poco más que un fenómeno cuyas expresiones más valiosas o cuyas repercusiones más trascendentes fueron intelectuales o artísticas.

Nunca, hasta haberlo aclarado del todo, nunca será ocioso repetir que este exilio fue plural –castellano, andaluz, asturiano, gallego, vasco, catalán–, social, y genérica y profesionalmente diverso –fue intelectual en un alto grado, pero no sólo eso–; que más allá del término con que se intente definirlo, fue un proceso de décadas que en no pocos casos derivó en un fenómeno migratorio, traducido en incorporación y reinserción definitiva en otra tierra, y que su trascendencia en la vida del país de acogida estuvo y sigue estando marcada por las particularidades profesionales, lingüísticas y culturales de quienes lo integraron, así como por las condiciones concretas del medio laboral, de la época y la región en que sus numerosos protagonistas vivieron *sus exilios*.

En este sentido, una de las invitaciones a la reflexión y a la profundización más claras de que dispone quien desee comprobar las implicaciones de esta verdad de perogrullo, es la que plantean las trayectorias individuales y las empresas comunes de aquel sector del exilio republicano que, no sin cuestionamiento, han sido integradas en la más amplia denominación de *catalanes de México*. Que semejante calificación no es una mera adscripción geográfica o una simple manifestación esporádica de optimismo poco meditado –una especie de *wishful thinking* historiográfico–, sino una toma de posición ante la heterogeneidad de la presencia peninsular en nuestro país a lo largo de la historia, lo demuestra el hecho de que ha sido recogida en el título de una de las herramientas fundamentales para estudiar este tema: el *Diccionario de los catalanes de México*, publicado por El Colegio de Jalisco en 1996.

Su desafío no es menor ni carece de problemas e interrogantes: ¿en verdad es posible hablar, sin optimismos simplistas ni oportunismo histórico, de la existencia de catalanes de México? La respuesta no es fácil, porque es enorme y significativa la distancia que media entre constatar que, a lo largo de la historia del país, ha habido catalanes activos en nuestra vida económica, política y cultural, y afirmar que son de México, concibiéndolos como parte de la cultura local pero sin privarlos de su catalanidad. Es toda una declaración de principios que se pone a prueba, como en pocos momentos de nuestra historia –esa historia compartida de encuentros y desencuentros vivida a ambos lados del mar–, precisamente a raíz del exilio peninsular de 1939.

Pasado el entusiasmo inicial que podría despertar en nosotros la ocurrencia, agradecida y generosa a la vez, de englobar la presencia de catalanes en este nuestro país bajo la expresión *catalanes de México*, podría suceder que nos preguntásemos por qué, siendo tierra de asilo

para tantas comunidades sobre todo en la segunda mitad del siglo XX, no ha sido habitual hablar de sus integrantes en los mismos términos. ¿Alguien ha oído hablar de los alemanes, de los judíos, o de los andaluces, gallegos, asturianos o españoles, o cubanos, argentinos, uruguayos o chilenos de México? Desde luego, la diferencia impone distinciones. Pero aun así, incluso atendiendo la diversidad numérica y las motivaciones específicas de cada caso, no deja de resultar sorprendente la determinación de yuxtaponer dos términos complementarios ahí donde la costumbre suele ser, si no excluyente, por lo menos sí ambigua. Porque, más allá del reconocimiento casi tópico de la proverbial “hospitalidad mexicana” a la que se debe la presencia en este nuestro país de numerosas comunidades extranjeras acogidas por motivos políticos, lo cierto es que las aportaciones de muy diverso orden que éstas han hecho a la vida mexicana del país han sido asimiladas a la cultura local y reconocidas en ella como patrimonio nacional, sobre todo cuando fueron realizadas en medios e instituciones de dicho ámbito y, además, en lengua española. Fenómeno que resulta comprensible y casi natural bajo esas circunstancias, pero que no lo parece tanto cuando se trata de aquellas manifestaciones específicas cuya función primordial era asegurar la cohesión y reforzar la identidad de las respectivas comunidades; esto es, cuando hablamos de todos aquellos actos de resistencia y mantenimiento de tradiciones apartadas de sus entornos históricos propios, llevados a cabo en un país diferente y a veces incluso en condiciones de verdadero estado de excepción.

Tal es el caso, no único en rigor, de la cultura catalana desarrollada en México. En un ensayo, “Otra literatura iberoamericana. Notas sobre la aventura de la literatura catalana en tierras de América” -*Actas del XXIX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*. Barcelona: PPU, 1994, t. I, pp. 49-66-, fundamental para entender la complejidad de cuanto supone este tema, el estudioso Joaquim Molas ha señalado con precisión cómo es necesario distinguir, de entrada, dos grandes ámbitos de la presencia cultural catalana en tierras americanas: el circunscrito a las particularidades del fenómeno migratorio anterior a 1939, y el marcado por las circunstancias y las peculiaridades del exilio republicano a partir de ese año.

Así, si bien es posible dar cuenta de la presencia catalana en los diferentes países de América Latina antes del siglo XIX, ésta no adquirió un peso significativo en los contextos locales sino hasta las últimas tres décadas de ese siglo, y fue sobre todo en Buenos Aires donde se instaló lo que el propio Molas denomina “la capital americana” de Cataluña,

debido sobre todo a que era ahí donde existía “una colonia catalana más potente, en el doble sentido demográfico y económico [...] y que contó con una trama cultural más sólida hasta el punto de atraer a tipos como Santiago Rusiñol o Eugeni d’Ors”. Se trata de una primera época dominada por el desarrollo de una cultura de emigración que

articula un discurso autónomo, por una parte, fiel a los modelos de su patria de origen o, a lo menos, a los vigentes en el momento de la emigración, y por otra, vinculado a la nueva patria en sus aspectos más genuinos, pero también, a la larga, más convencionales.

Su aparición, apunta Molas,

es fruto de la confluencia de dos hechos: el asentamiento progresivo de la emigración catalana, una vez levantada por Carlos III la prohibición que pesaba sobre ella, y la revolución cultural desencadenada por la *Renaixença* que sacudía Cataluña desde mediados del siglo XIX.

La segunda época, en cambio, está marcada por las necesidades y limitaciones del exilio masivo a partir del final de la guerra civil española. En ella es posible distinguir, *grosso modo*, tres periodos importantes determinados por las oscilaciones de las circunstancias que lo generaron: el primero, que cubre los años 1939 a 1945; el segundo, de 1946 a 1955 y el tercero, de 1956 a 1975. Estos tres periodos describen el paso de la supervivencia en el exterior de una cultura proscrita en su propio territorio a la relativa flexibilización de la política franquista de exterminio, sobre todo a partir de la victoria aliada, lo que permitió muy poco a poco la recuperación de la vida institucional catalana en el interior y, por ende, convirtió las manifestaciones formuladas inicialmente en el exilio en complemento y refuerzo de dicho proceso, a tal grado que, sobre todo a partir de 1955, planteó a los exiliados la disyuntiva entre la reincorporación a la vida catalana peninsular o bien la instalación a más largo plazo o definitiva en el país de acogida. Si en la primera época Argentina se había instituido como la capital de la emigración catalana en América, en la segunda fueron Venezuela, Chile y sobre todo México los territorios donde tuvo lugar el desarrollo de esa cultura catalana en el exilio.

Es a esta segunda época de la presencia catalana a la que se deben las manifestaciones y aportaciones más significativas de esta comunidad en suelo mexicano. La historia de este segundo gran momento histórico, de sus dificultades, frutos, implicaciones y avatares, ha sido contada muchas veces y no es necesario repetirla aquí. Si la tracemos

ahora a cuento es sólo para recordar que uno de sus problemas medulares, del cual dependía en buena medida la fortuna de su integración en el nuevo país, tenía que ver con uno de los rasgos de la heterogeneidad del exilio que mencionábamos al inicio: el de su especificidad lingüística. Precisamente por ser éste uno de los elementos identitarios más combatidos y negados de tajo en la Península, resultó casi inevitable que se convirtiese en uno de los caballos de batalla más importantes de la cultura catalana en el exilio. Y por lo mismo, resultó también uno de los ámbitos en donde el intercambio y la integración, en tanto proceso de ida y vuelta, se vio menos favorecido. No es este el sitio, ni nosotros los más indicados, para efectuar valoraciones sumarias al respecto, pero sí deseamos al menos señalar una realidad que a veces sepulta el tópico del “mutuo enriquecimiento”: a medio siglo de distancia, duele constatar que la presencia catalana en México dejó una huella menos profunda y con menor repercusión y trascendencia justo ahí donde fue, o intentó ser, más catalana. La negativa a desarrollar una cultura bilingüe, generalmente aceptada y hasta cierto punto comprensible, es una de las causas principales a las que se debe que, pese a haberse editado una gran cantidad de revistas y de libros en México, éstos no hayan tenido prácticamente ninguna repercusión en el país y hoy sean pasto del polvo en librerías de viejo o, en el mejor de los casos, un tesoro documental de bibliotecas públicas o privadas que aún espera un estudio integral y profundo de sus contenidos. En este sentido, es forzoso reconocer que la apropiación y asimilación de estas valiosísimas manifestaciones culturales por parte del público local, indispensable para hablar de un proceso real de integración en el ámbito de la letra impresa, fue mínima, esporádica e insuficiente como para generar una plataforma institucional compartida, catalana y mexicana, que la convirtiese en algo más que un acto de resistencia cultural y que garantizase su continuidad hasta nuestros días. Por eso, 60 años después, hay que seguir luchando por que no se olvide y, si es posible, por que se renueve la realidad de ese encuentro histórico.

Marta Noguer Ferrer
Carlos Guzmán Moncada